

oposición con la SAGRADA ESCRITURA y con la TRADICION DE LA IGLESIA,, (1).

Los maleficios de los hechiceros, referidos por el feroz dominico, son de una necedad tan inverosímil, que harían reír de la estupidez humana si no se entreviera la hoguera detras de sus estúpidas acusaciones: "Yo he conocido, dice *Sprenger*, á una vieja que se vanagloriaba de haber hechizado y muerto á tres abades; y estaba en camino de emprenderla con el cuarto, cuando cayó en manos de la justicia., ¿Se quiere saber por qué medios había seducido á aquellos santos personajes? Pues haciéndoles comer sus excrementos (2). Se pregunta si pueden los hechiceros subir á los aires y trasportarse por este medio de un lugar á otro. Grave cuestión á que da nuestro dominico una respuesta que no admite réplica: él ha visto, dice, con frecuencia, muchos que viajaban de esta manera. ¿No tenemos, por otra parte, la autoridad de la *Sagrada Escritura*? ¿No fué así trasportado Jesucristo á un desierto? Hé aquí la receta de estos viajes aéreos, que podría recomendarse á los aeronautas si no fuera por el Código penal: "Se mata, dice, un niño varon ántes de ser bautizado; se hace de él un unguento con que se frota un pedazo de madera, y sobre la tabla así preparada se puede viajar dia y noche á traves de los aires., Cuenta *Sprenger* uno de estos paseos que no deja de tener gracia: una vieja bruja, furiosa de no haber sido invitada á una boda, se remonta á los aires y orina en un hoyo; el diablo trasforma la orina en granizos, que hace llover sobre los convidados. Todo esto es acreditado por testigos oculares (3); ¿qué medio hay de creer en milagros que en tales testimonios se apoyan? No son tan inocentes todos los cuentos de hechiceros; hay entre ellos acusaciones tan odiosas, que para darles fe se necesitaba el seco corazón de un inquisidor. Entre las brujas más terribles señala nuestro dominico las comadres; procuran el aborto y ofrecen las criaturas á los demonios. ¿Puede darse un crimen más horrible? Cuarenta y una brujas fueron entregadas á las llamas en 1484 por haberse comido los recién nacidos; y todavía, dice *Sprenger*, hubo algunas que escaparon á nuestra persecucion. En fin, ¿quién lo creería? ¡hubo brujas que se comieron á sus pro-

(1) *Malleus maleficarum*, Pars I, quest. 3.

(2) *Malleus maleficarum*, Pars I, quest. 7.

(3) *Malleus maleficarum*, Pars I, quest. I, c. III.

pios hijos! Un inquisidor es quien lo afirma (1).

La hechicería supone culpables y víctimas, y en esto comienza el papel de la Iglesia. En vano se pretendería hacer recaer las supersticiones sobre la ignorancia y la credulidad de la Edad Media; concíbese esta excusa cuando se trata de astrología ó de alquimia; pero cuando la misma Iglesia interviene, ya para curar un mal imaginario, ya para castigar un crimen fantástico, ¿cómo hallar excusa para una autoridad que se reputa infalible? ¿Quién ha inventado el exorcismo? No se puede atribuir á la estupidez de un inquisidor; hay que remontarse á la más alta de las autoridades, á Jesucristo: la Iglesia exorciza, como el Hijo de Dios arrojaba á los demonios; la superstición del exorcismo equivale á la de la hechicería (2). La hechicería es, sin embargo, el más grande de los pecados; sólo puede compararse al crimen de Lucifer; se perdona á los herejes cuando vuelven á la fe, pero no se perdona á los hechiceros: sea cualquiera su penitencia, se les arroja al fuego. La mayor parte de estos desgraciados confesaban su crimen; mas los había que guardaban un obstinado silencio. No sospecha siquiera *Sprenger* que fuera este silencio una prueba de inocencia; ve en él, por lo contrario, una nueva prueba de hechicería, y sabe cuál es el talisman de esta taciturnidad: se coge un niño varon recién nacido, se le mete en un horno y se hace de él un unguento... (3). No queremos proseguir. Tras un procedimiento odioso viene el juicio y despues la pena del fuego. ¡Triste testimonio de la estupidez y de la crueldad de los hombres! ¡Protesta sangrienta contra la infalibilidad de la Iglesia, porque ella es quien ha perseguido é inmolado á los hechiceros!

No es la hechicería una superstición católica, sino cristiana, y así sobrevivió á la Reforma. Un jesuita escribió hácia el fin del siglo XVI una obra excelente sobre las supersticiones (4); y en el mis-

(1) *Malleus maleficarum*, Pars I, quest. 11; quest. I, c. II.

(2) *El Martillo de las Brujas* (Pars II, quest. 2, c. VI, VII) nos enseña que no sólo se exorcizaba á los hechiceros, sino las cosas de que se servían. Hay ciertas palabras mágicas que convierten en lluvia las tempestades forjadas por las brujas. La lectura del *Evangelio de San Juan* calma las tempestades, á condición de que se cuide de echar al fuego tres gruesos granizos bajo la invocación de la Santa Trinidad. Tocar las campanas durante la tempestad es igualmente un remedio supremo que hasta en nuestros dias emplean los sacristanes, bien que ya no haya brujas.

(3) *Malleus maleficarum*, Pars I, quest. 14; Pars II, quest. I, capítulo 2.

(4) MARTIN DELRIO, *Disquisitionis magicae*, 1599.

mo libro en que combatía los sueños de los astrólogos, mantuvo la superstición harta más cruel de la hechicería. La existencia de las brujas es para *Delrio*, como para *Sprenger*, un artículo de fe; cree en los cuentos más absurdos, en los viajes aéreos de los hechiceros montados en un macho cabrío ó en una escoba (1); y ¿cómo no había de creer, cuanto todos los teólogos de su tiempo profesaban estas enormidades? Un siglo despues, *J. B. Thiers*, teólogo ilustrado, enemigo de las supersticiones, defiende todavía la hechicería como artículo de fe: "No se podrá negar, dice, que hay hechiceros sin contradecir visiblemente las LETRAS SAGRADAS, la TRADICION SAGRADA y profana, las LEYES CANÓNICAS y civiles y la experiencia de todos los siglos, y SIN RECHAZAR CON IMPUDENCIA LA AUTORIDAD IRREFRAGABLE É INFALIBLE DE LA IGLESIA,, (2). Católicos y protestantes competían en encarecer esta superstición: decían aquéllos que la herejía de los husitas y el cisma de Lutero, habían echado torrentes de hechiceros sobre Bohemia y Alemania (3); y no estaban ménos convencidos los reformados de que la hechicería procedía del papado, de la Babilonia romana, de la gran prostituta. Los calvinistas rivalizaban en crueldad con los ortodoxos (4). En fin, para colmar la medida de la imbecilidad humana, hubo sabios que hasta en la segunda mitad del siglo XVII escribieron tratados de hechicería (5).

Estas absurdas y sanguinarias supersticiones justifican el movimiento de incredulidad que se manifiesta desde la Edad Media y prosigue hasta nuestros dias. Hay pensadores pesimistas que dicen: la superstición es una necesidad de la naturaleza humana; ¡ved la humanidad despues de dos mil años de cristianismo! Mas no advierten que, si la superstición florece bajo el imperio del cristianismo tradicional, es porque la superstición es esencialmente cristiana. Para destruirla hay que

(1) DELRIO, lib. II, quest. 16, p. 188: "Secunda opinio est, quam verissimam judico, nonnumquam vere sagas transferri a dæmone de loco ad locum, hirco vel alteri animali, fantastico ut plurimum; hoc est dæmoni assumpti, et formanti corpus aëreum, vel etiam hominis in forma, eas aliquando ternas quaternasve simul asportanti, vel arundine vere, scoparumve baculo etiam vero, sed acto et sublevato a dæmone, inequitantes, et corporaliter conventui nefario interesse... Hæc sententia est multo communior theologorum, immo et jurisconsultorum practitorum Italiae, Hispaniæ, Germaniæ inter catholicos..."

(2) THIEBS, *Traité des superstitions*, t. I, p. 116.

(3) *Torrentes sagarum* (DELRIO, t. I, p. 5, 6).

(4) WALTER SCOTT, *Letters on witchcraft*, VIII.

(5) MEINERS, *Vergleichung der Sitten*, t. III, p. 449.

cortar el mal en su raíz: las supersticiones no desaparecen sino con la religion que las alimenta; es preciso, á lo ménos, que deje la religion de pretender ser divina, revelada por Dios, y entónces podrá repudiar los errores de lo pasado, como el hombre desecha las preocupaciones de su infancia. Pero ¿cómo pudiera el cristianismo condenar supersticiones que el nombre de Jesucristo y la *Sagrada Escritura* autorizan? ¿Cómo ha de condenar la creencia en los demonios y en los hechiceros, cuando el Hijo de Dios pasó su vida en perseguir demonios, y cuando la *Sagrada Escritura* ordena que se condene á muerte á los hechiceros? No hay medio: ó hay que mantener las creencias más absurdas y funestas, ó hay que rechazarlas con la revelación que las consagra.

### § III.—La Virgen.

#### N.º 1.—Exaltación de la Virgen.

El culto de la Virgen es uno de los grandes crímenes que los protestantes reprochan al catolicismo. Razon tienen para rechazar una superstición que, si en teoría no es idolatría, apénas difiere de ella en la práctica; pero en la severidad de su juicio, olvidan que la glorificación de la Virgen y el culto, que es su consecuencia, se derivan lógicamente del dogma de la Encarnación. Si hay superstición, no es católica, digan lo que quieran los reformados, sino cristiana. Todos los Padres de la Iglesia, desde San Jerónimo y San Agustín hasta los santos de la Edad Media, apuran todas las fórmulas para protestar de lo imposible que es para el lenguaje humano llegar á expresar la grandeza de la Virgen (1): "¿Qué lengua, dice *San Damian*, es capaz de celebrar las alabanzas de la que dió al mundo al Hijo de Dios? ¡Aquel á quien la inmensidad del mundo no puede contener, ha sido formado en el seno de una joven Virgen!,, (2). "Ella ha llevado á Dios en su seno durante nueve meses,, exclama *San Buenaventura* con un entusiasmo que raya en la idolatría, sin pasar de los límites del dogma cristiano: "¡Ella ha amamantado á Dios á sus pechos; ella ha criado á Dios durante muchos años; ella ha mandado en Dios; ella ha estrechado

(1) Véanse los pasajes citados por SAN BUENAVENTURA, en su *Speculum Mariæ Virginis* (Op., t. VI, p. 420).

(2) DAMIANI, *Sermo* 45 (Op., t. II, p. 102).

á Dios en sus brazos; ella ha prodigado á Dios sus caricias!., (1). Si la humanidad debe su salvacion á la Encarnacion, ¿no es natural atribuir á la Virgen los beneficios del Salvador que ella dió al mundo? "Nada, dice *San Anselmo*, ignora á María; nada, sino Dios, es más grande que ella. ¡Oh mujer singular y admirable por quien se han renovado los elementos, abatido los demonios, salvado los hombres y reintegrado los ángeles!., (2). *Eadmer*, el discípulo de *San Anselmo*, completa el pensamiento de su maestro: "Así como Dios, dice, creándolo todo por su poder, es el Padre y el Señor de todas las cosas, así María, reformándolo todo, es la Madre y la Señora del mundo; y así como Dios ha engendrado de su sustancia á Aquel por el cual todo lo ha creado, así María ha parido de su carne á Aquel que ha devuelto su esplendor primitivo á la creacion., (3). De aquí á identificar la criatura con el Creador no hay más que un paso. Oigamos lo que dice *San Bernardo* sobre estas palabras de la salutacion angélica, *el Señor es conmigo*: "Dios omnipotente es contigo, en el sentido de que TÚ ERES OMNIPOTENTE CON ÉL; Dios, que es la omnisciencia, es contigo, es decir, que TÚ ERES OMNISCIENTE CON ÉL., (4). *San Bernardo* prosigue esta comparacion, y acaba por poner á la Virgen al igual de Dios.

Una verdadera blasfemia serían estas palabras si se tomáran al pié de la letra. Á pesar de la exageracion de la forma; la doctrina mantuvo la diferencia entre el Creador y la criatura; mas no por eso dejó de conducir á una supersticion monstruosa. La Virgen es la Madre de Dios; y ¿no tiene una madre poder sobre su hijo? ¡Hé aquí Dios, que es omnipotente, bajo el poder de la Virgen! Tal era la creencia general en la Edad Media, así de los teólogos como de las masas ignorantes. Citemos, tomándolos al acaso, algunos testimonios: "Cuando una madre, dice *Geoffroy, abad de Vendôme*, tiene un hijo elevado á una alta dignidad, le dirige súplicas, pues que es señor; pero le manda tambien, pues que es su hijo. La más santa de las madres logrará de su hijo que no perezca ninguno de

(1) S. BONAVENTURA, *Speculum Mariae* (Op., t. VI, p. 439).  
 (2) S. ANSELMO, *Oracion á la Virgen* (Op., p. 281).  
 (3) EADMER, *De Excellentia B. Virginis*, c. XI (en las *Obras* de SAN ANSELMO, p. 142).  
 (4) S. BERNARDI *Sermo II, de Pentecost.* (citado por SAN BONAVENTURA, t. VI, p. 443).

aquellos por quienes ella interceda., (1). Más explicito es todavía *Guibert de Nogent*: "La Santa Virgen tiene para con Jesucristo el poder que una madre tiene en este mundo sobre su hijo: una madre no ruega, ordena. ¿Cómo, pues, no había Jesucristo de escuchar á su Madre?., (2). Ni los filósofos hablaban en otros términos: "Los ángeles y los santos, dice *Alberto Magno*, ruegan á Dios; la Virgen le manda con su autoridad materna, tiene imperio sobre Jesucristo., (3).

Si la Virgen manda en Dios, no hay nada que ella no pueda hacer; su poder se confunde con el del Omnipotente. Los hombres más ilustres en la teología de la Edad Media celebran á porfia el poder de la Virgen. *San Damian* dice que es la Señora del mundo y la Reina del paraíso; nada es para ella imposible, porque es la Madre de Dios, y le ha sido dado pleno poder así en la tierra como en el cielo., (4). "La Virgen, dice *San Anselmo*, es por sí sola más poderosa que todos los ángeles y santos reunidos, porque es la Madre del Salvador, la Esposa de Dios, la Reina del cielo y de la tierra y de todos los elementos., (5). *San Buenaventura* dice que Dios ha dado á la Virgen el dominio eterno sobre todas las criaturas (6). *Alberto Magno*, en su elogio de la Santa Virgen, consagra un capítulo á la omnipotencia de María: "La Virgen, dice, hace lo que quiere, y nadie puede decirle: ¿por qué haces eso? Ella arranca los condenados de las manos de Satanás; ¿dónde está la justicia, dónde el derecho? ¿Quién podría decirlo?... Ella es la Reina del reino de que es Rey Jesucristo. Ahora bien, el rey y la reina gozan de los mismos privilegios. Siendo omnipotente el Hijo, la Madre debe ser tambien omnipotente., (7).

Una tradicion muy extendida, admitida por los teólogos filósofos como por el comun de los fieles, atestigua hasta qué punto elevaba la opinion general el poder de la Virgen. La idea del fin del mundo, que tanto influyó en el establecimiento y extension del cristianismo, no dejó de preocupar y

(1) GOFFRIDI ABBATIS, *Sermo VIII* (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXI, p. 80).  
 (2) GUIBERT DE NOGENT, *De laude B. Mariae*, c. IX (Op., página 301).  
 (3) *Dominium* (ALBERTI MAGNI, *De laudibus B. Mariae*, libro III, § 11; lib. I, § 5).  
 (4) DAMIANI, *Sermo 40* (Op., t. II, p. 91) y *Sermo 45* (Op., t. II, página 107).  
 (5) ANSELMI *Orat. ad Virgin.* (Op., p. 277, 285).  
 (6) BONAVENTURA, *Psalterium B. Virginis* (Op., t. VI, p. 477).  
 (7) ALBERTI MAGNI, *De laudibus B. Mariae*, IV, 29.

## N.º 2.—Culto de la Virgen.

Impera entre los poetas de la Edad Media un pensamiento que parece natural en la infancia del hombre: tiene la nocion de un Sér Supremo; pero como la majestad divina le espanta, se dirige á seres que se acercan más á la humanidad (1). Estos sentimientos conducen derechamente al politeísmo; sin embargo, en ellos comulgaban hombres que han merecido figurar entre los Padres de la Iglesia. No hay en el siglo XII personaje más eminente que *San Bernardo*; es el campeón de la fe, el defensor de la ortodoxia; y su sentido acerca del culto de la Virgen no se eleva por cima de las preocupaciones del vulgo. En uno de sus sermones dice: "Tú temes presentarte ante Dios Padre; espantado por el sonido de su voz, te ocultas bajo el follaje; y si bien te da como mediador á Jesus, acaso temes todavía en él la majestad divina, porque, aunque se haya hecho hombre, es tambien Dios. Si quieres tener un defensor, un patrono, llama en tu auxilio á María; en ella encontrarás la humanidad para, y yo no dudo que sea escuchada: el Hijo escuchará á la Madre, y el Padre escuchará al Hijo. Hé aquí la escala de los pecadores; hé aquí la fuente de mi confianza, la razon de mi esperanza., (2).

Consagróse en el siglo XI á la Virgen un dia de la semana y se estableció un oficio en su honor. La innovacion se difundió rápidamente, gracias al celo de un santo personaje, el cardenal *Damian*, que se encuentra donde quiera que hay que proteger alguna obra de supersticion (3). Los fieles ayunaban el sábado en honor de la Reina del cielo; y se atribuía mucha mayor eficacia á esta devocion particular que al culto que se rendía á Dios, pues que bastaba, se decía, practicarla durante siete años para asegurarse la salvacion, y desde entónces creian los piadosos adoradores de la Virgen poder pecar á mansalva (4). Á pesar de abusos tan funestos, no condenó la Iglesia las

(1) Véanse los extractos de los *Minnesinger* citados por GIESSELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 78, nota f.  
 (2) S. BERNARDI *Sermo in nativitate B. Mariae*, § 7 (Op., t. II, página 160).  
 (3) GIESSELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 1, § 33, nota p.  
 (4) "Faciendo male securius," dice el dominico ESTEBAN DE BORBON, *de septem donis spiritus sancti* (ECHARD, *Scriptor. Praedicator.*, t. I, p. 189).

perturbar los espíritus en la Edad Media. Y, sin embargo, la consumacion final, anunciada como inmediata por Jesucristo y sus apóstoles, no llegaba; ¿cómo explicarse esta larga moratoria otorgada á la pobre humanidad? Atribuyósele á la Virgen, y no faltaron milagros ni apariciones para consagrar esta creencia. Dejemos la palabra al historiador de las cosas milagrosas, *Cesáreo de Heisterbach*: "Vióse un dia que una imágen de la Virgen sudaba gruesas gotas mientras se había desencadenado una terrible tempestad. Un hombre, inspirado por Dios, exclamó: ¿De qué os admirais? El Hijo de Dios había tendido su mano sobre el mundo; su Madre implora la gracia del género humano, y esa es la causa de su sudor., Cuenta en otra parte el monje alemán una leyenda más necia, si cabe, todavía: "Vió un religioso de Clairvaux, en un momento de éxtasis, el Tribunal de Jesucristo; el Hijo de Dios ordena á un ángel que toque la trompeta; el mundo tembló como una hoja al oír el terrible sonido; y ya había Jesucristo mandado al ángel que tocara segunda vez, cuando se echó á sus piés la Virgen para implorar la gracia de los hombres. "Todos, responde el Juez Supremo, laicos, clérigos y monjes, merecen la muerte., La Virgen insistió, diciendo: "Aun cuando no sea más que por mis amigos, los monjes de Citeaux, á fin de que tengan tiempo de prepararse para el juicio final., Jesucristo se lo concedió., (1). Y dura todavía el plazo concedido á los monjes de Citeaux. Como una verdad revelada eran aceptadas por los fieles estas consejas. El autor de la *Imitacion de Jesucristo* dice que sin la Virgen, hace largo tiempo que habria dejado de existir el mundo (2).

Así pues, nos encontramos en plena idolatria. ¿Hay que acusar de ello al catolicismo? Por nuestra parte, no negariamos la fe á cuanto la credulidad de la Edad Media imaginó acerca de la Virgen si creyéramos, como los protestantes, que una mujer llevó á Dios en su seno. Mas ¿no será una prueba cierta de la falsedad del principio de que estas groseras supersticiones se derivan de la necesidad de creer cosas increíbles? No han acabado las supersticiones que la idea de la Encarnacion engendra: la exaltacion de la Virgen conduce lógicamente al culto que hasta nuestros dias le rinde la Iglesia.

(1) CESARIUS HEISTERBACHENSIS, VII, 2, XII, 52.  
 (2) THOMAS DE KEMPEN, *De disciplina claustrali*, c. XIV.

prácticas de que se originaban; y antes al contrario, las aprobó como una obra piadosa (1).

Cada vez se fué acercando más el culto de la Virgen al que se rendía á Dios; y esto, dice *San Jerónimo*, era muy racional, porque cuanto hagamos en honor de la Madre cede en gloria del Hijo (2). Prosternábanse en la iglesia al nombre de María; los votos de los pueblos, dice un teólogo del siglo XII, se elevaban hácia ella como un mar borrascoso (3). Dios tenía su oracion; la Virgen tuvo la suya. El *Ave María*, introducida en el siglo XII, llegó á ser en el XIII la oracion predicada de los fieles; había devotos que la repetían al día cincuenta veces, otros ciento, y aún los había que llegaban hasta mil (4). Difícil era que en medio de tal fervor quedara María confundida entre las criaturas; la superstición le dió un puesto en la Trinidad. Oigamos cómo cuenta *San Damiano* las cosas que pasaron al tiempo de la *Asunción*: "El día memorable en que fué elevada la Virgen real al trono de Dios Padre y colocada en la sede de la Trinidad, toda la tropa angélica acudió á ver á la Reina del cielo sentarse á la derecha del Señor, vestida con su manto de oro." Sigue luego una comparación entre la *Asunción* y la *Ascension* que no cede en desventaja de María: "Cuando subió al cielo Jesucristo, salió á recibirle la gloriosa compañía de los bienaventurados. Contemplad ahora la *Asunción* de la Virgen: salvo la majestad del Hijo, una pompa de mucho más esplendor se ofrece á vuestros ojos. Sólo los ángeles acudieron á recibir á Jesucristo; mas cuando su Madre entró en el palacio celestial, el mismo Hijo de Dios se levantó con toda su corte para salir á su encuentro, y la saludó diciendo: "Tú eres todo hermosura, oh amada mía, y no hay mancha en tí," (5).

Los teólogos inventaron un término especial para caracterizar la excelencia del culto que se rendía á la Virgen; no se atrevieron á ponerlo á la altura de la *latría*, pero lo colocaron muy por cima de la *dulia*. La *hiperdulia* de la Madre de Dios ocupaba el término medio entre el culto rendido al Creador y el que los católicos tributan á los san-

(1) ECHARD, *Scriptor. Prædicator.*, t. I, p. 189: "Devotio tamen pia circa hæc jejunia est approbanda."

(2) HIERONYMUS, *Epist. x ad Paulam.*

(3) PETRI COMESTORIS *Sermo 28 (Bibliotheca Maxima Patrum, tomo XXIV, p. 1430).*

(4) GIBSELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 78, nota k.

(5) DAMIANI, *Sermo 40* (t. II, p. 97).

tos (1). Estas sutiles distinciones eran buenas para la escuela; mas en la práctica, los fieles procedían con más llaneza. María dejó de ser una criatura para convertirse en la Diosa de la Edad Media. La superstición no tiene límites; no le bastó haber divinizado á la Virgen; exigió todavía que se pusiera la criatura divinizada por cima de la divinidad. Discutieron los devotos si se debía llamar al Hijo ó á la Madre el árbol de la vida, y se decidieron en favor de la Madre (2). Libros de rezos, escritos en latín, y, por consiguiente, por clérigos y para clérigos, llevaron la blasfemia hasta decir: "Gloria á la Madre, al Padre y al Hijo," (3). ¿Cuál no debía ser la extravagancia del culto de la Virgen entre las masas, cuando el clero lo llevaba hasta la idolatría? Si hemos de creer lo que se dice en el *Jardin del Alma*, acabó Jesucristo por tener envidia de la preferencia que se daba á su Madre. Un clérigo, más confiado en la Santa Virgen que en el Hijo de Dios, no dejaba de repetir por toda oracion la salutación angélica; y en un momento en que pronunciaba el *Ave María*, le apareció Jesús y le dijo: "Mi Madre os agradece mucho las saluciones que le dirigís, pero no os olvidéis de saludarme también," (4).

Las supersticiones son como la mala hierba, encuentran siempre un terreno bien preparado en la debilidad del hombre. Las discusiones entre los dominicos y los menores acerca de la Inmaculada Concepción produjeron en el siglo XV un acrecentamiento de devoción. La facultad de teología de París se declaró partidaria de la Virgen; persiguió con sus censuras á los hermanos predicadores que se obstinaban en su resistencia, y fué preciso creer, *so pena de pecado mortal*, que la Virgen había subido al paraíso en cuerpo y alma; y fué preciso creer, *so pena de impiedad*, que Jesucristo iba delante de su Madre cuando ésta hizo su entrada en el cielo; y fué preciso creer, *SO PENA DE SER SOSPECHOSO DE HEREJÍA*, que MARÍA ERA MÁS BELLA QUE EVA (5). ¿Cómo extrañar la supersti-

(1) "Hyperdulia videtur esse medium inter latriam et dulia." (S. THOMAS, *Secunda Secundæ*, quest. 103, art. 4. *Comp. Summa*, Pars III, quest. 25, art. 5).

(2) Véase la *Disputa entre la Virgen y la Cruz*, referida por JONCKBLOET, *Geschiedenis der middelæeuische dichtkunst*, t. II, página 264.

(3) Véanse los testimonios en RANKE, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation*, t. I, p. 239.

(4) *Hortulus animæ*, edición de 1498, fol. 38 v.

(5) D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum de novis erroribus*, t. I, P. II, p. 339.

cion del siglo XV, cuando la Iglesia ha consagrado en nuestros días una nueva superstición que la misma Edad Media había consagrado? Y hay gentes bastante ciegas para celebrar el dogma de la Inmaculada Concepción como una prueba del poder de las ideas religiosas y de la influencia creciente de la Iglesia. El provecho que resulta de la superstición sólo sirve á los que explotan la religión en interés de su dominación; pero así fundan su imperio en una base carcomida, y el edificio de esta manera apuntalado se hundirá hasta los cimientos.

#### § IV.—Los santos.

##### N.º 1.—El politeísmo cristiano.

El cristianismo nació y se desenvolvió en el seno de la antigüedad politeísta; y los pueblos bárbaros, cuyo destino se ligó tan íntimamente al de la religión cristiana, adoraban igualmente á Dios en sus diversas manifestaciones. La concepción religiosa que inspiró más especialmente á Jesucristo descansaba, sin embargo, en la unidad rigurosa de la divinidad. Hallábanse, pues, dos principios opuestos uno en presencia de otro. ¿Era posible la transición súbita del politeísmo á la unidad de Dios para la masa de los que abrazaron la religión nueva? No es la contestación dudosa, cuando se sabe cómo se hicieron las conversiones en el mundo antiguo y después de la invasión de los Bárbaros. La tendencia general de los espíritus influyó en los mismos fundadores del cristianismo. En vano han intentado los protestantes contar la adoración de los santos entre las supersticiones de la Edad Media, pues se ven obligados á confesar que los más eminentes Padres de la Iglesia, los Gregorios, los Crisóstomos, los Agustines, oraban á los santos y honraban sus reliquias. La superstición no es, pues, católica, es cristiana, á lo menos en el sentido de que se remonta á los primeros siglos del cristianismo. El culto de los santos es en su esencia un legado de la idolatría pagana.

La idea de Dios implica de tal modo la idea de la unidad, que el mismo politeísmo la reconocía; pero como el Sér Supremo excede tanto de la debilidad humana, imaginaron los paganos dioses inferiores que estuvieran en relación más especial con cada nación, con cada ciudad, con cada individuo, y los santos ocuparon el lugar de estas di-

vidades protectoras. "Los Babilonios, dice *Enrique Estienne*, tenían por patrono al dios Belo; los Egipcios, á Isis y Osiris; los Atenenses, á Minerva; y á semejanza de ellos, tienen los Españoles por patrono á Santiago, los Franceses á San Dionisio, los Alemanes á San Jorge," (1). Los Griegos y los Romanos tenían dioses protectores para cada ciudad, y cada ciudad ha tenido igualmente su santo bajo el imperio del catolicismo: San Ulrico era el patrono de Augsburgo; San Sebald, el capitán, apoyo y protector de Nuremberg," (2). No hay, en fin, dice un abad del siglo XII, aldea que, viendo que cada ciudad tiene su patrono, no procure también tener el suyo (3). Puede decirse, con el autor sagrado, que *cada nación se fabricó su Dios*.

Cada santo tenía su función especial, y en esto reaparecen también los sentimientos de las naciones paganas. En vano enseñaba el cristianismo á los hombres el desprecio del mundo y de los bienes temporales; el mundo con sus alegrías y con sus penas continuó siendo la capital preocupación de los que en él vivían y aún de los que lo abandonaban. La especialidad de los diversos santos nos enseña los votos que se les dirigían. Oigamos á un doctor católico, *Erasmus* (4): "El uno cura el mal de muelas; el otro alivia á las mujeres embarazadas en los dolores del parto; este hace encontrar lo que se ha perdido; aquel vela por la conservación de los rebaños; el uno salva del naufragio, el otro procura la victoria en los combates. No acabaríamos nunca si hubiéramos de contar la virtud de cada cual." Los males físicos eran especialmente los que amedrentaban á los hombres; cuanto menos capaz de remediarlos era la ciencia, más dispuestos estaban los enfermos á buscar socorro en el cielo. Los médicos del paraíso son innumerables; los hay para cada dolencia: "San Eutropio, dice *Enrique Estienne*, cura la hidropesía; San

(1) HENRI ESTIENNE, *Apologie pour Hérodote*, c. XXXVIII, § 14.

(2) La enseña de la ciudad libre de Worms tenía esta oración á San Pedro, patrono de la ciudad:

"Te sit tuta bono Wormacia Petre patrono."

con la respuesta de San Pedro:

"Semper eris clypeo gens mea tuta meo."

(ARNOLD, *Verfassungsgeschichte der deutschen Freistädte*, t. I, página 306).

(3) GUMBERT, abad de Nogent, *de pignorum sanctorum*, c. II, § 5: "Quid de eis proferam, quos prefatorum simul per villas ac oppida cotidie vulgus creat? Cum enim alii alios summos conspicerent habere patronos, voluerunt et ipsi quales potuerunt et facere suos."

(4) ERASMO, *Elogio de la locura*.